Cuentos completos
(1894-1903)

VOCES / LITERATURA

Antón P. Chéjov

Cuentos completos (1894-1903)

Edición de Paul Viejo

PÁGINAS DE ESPUMA

ÍNDICE GENERAL

Introducción XI
II. Despedir a Chéjov XI
II. 1894-1903 XV
III 1875-1904 XXI
IV. Notas, historia y referencias de los cuentos publicados XXIII
V. Relación de traductores, fechas y publicaciones de los cuentos... XLIX
Nota a la edición LV

1894

El monje negro 1
El reino de las mujeres 35
El violín de Rothschild 77
El estudiante 89
El profesor de ruso 93
La finca 119
Relato de un jardinero mayor 129

1895

Tres años 135
La esposa 231
Frente Blanca 239
Ariadna 245
Un asesinato 273
Anna al cuello 307

1896

Casa con mezzanina 321
Mi vida 343

1897

Campesinos 451
En la patria chica 489
Un pechenego 503
Camino de la escuela 515

1898

De visita 525
Iónich 545

Un hombre en un estuche 565
Las grosellas 579
Del amor 591
Incidente ocurrido a un médico 601

1899

Cosas del servicio 615
Amorcito 633
La nueva dacha 647
La dama del perrito 663

1900

En el barranco 681
En fiestas 725

1902

El obispo 731

1903

La novia 747

Apéndice
(1875-1904)

Los kirguises 769
Toca pagar 771
Una dama «de esas…» 773
Moscas y mosquitos 775
Temporada de bodas 777
Una novela 785
Carta a la redacción 787
Anuncios y ofertas 789
Las gachas de trigo sarraceno
se lanzan alabanzas 791
Ilusiones poéticas 793
Impuesto farmacéutico 795
En el mundo de la ciencia 797
La luz del vagón 803
La clásica mujer 805
El mundo del teatro 807

INTRODUCCIÓN

I
Despedir a Chéjov

Despedimos a Chéjov. Despedimos a Chéjov justo cuando llegamos al final de la página y leemos, entre amenazados y tristes, una última frase, «No pensaba volver», y esa sentencia se va a quedar flotando en nuestra cabeza porque sabemos que es verdad, que no habría más Chéjov a partir de ese punto y final en el cuento «La novia», de ese saludo, de esa sonrisa sardónica que nos dice que hasta aquí. No lo hacemos solo porque el 15 de julio de 1904 se haya producido la gran desaparición, el cerrar de ojos, el «Ich sterbe» mal pronunciado. Despedimos a Chéjov algo antes, cuando termina su último relato, y ya va diciendo por ahí que está cansado.

Tenemos que despedirnos de él porque está agotado. De tener que viajar cada pocos meses a algún país del centro de Europa para que sus pulmones respiren algo más que la pesadez de un aire ruso que se está cargando de peleas intelectuales, políticas y sociales. De estar encerrados en una casa de campo, en una habitación en el norte de Italia (o en el centro, o en el sur, qué más da), en un pequeño salón donde recibir a los médicos y, después, fuera cual fuera el veredicto, tener que concentrarse en unas cuartillas que unos días mira con aburrimiento, otros con esfuerzo. Agotado de haberse convertido desde la década de los noventa en una celebridad –aún no lo llamaremos leyenda, pero lo haremos– y tener que escuchar, por tanto, cualquier tipo de comentarios y opiniones sobre él, sobre sus relatos y sus dramas, sobre si Chéjov era mejor antes, Chéjov es mejor ahora, qué sabréis vosotros cómo soy y lo que quiero hacer. Cansado de tener que seguir haciendo

esfuerzos económicos vendiendo incluso su alma al diablo (con forma de editor), esfuerzos sentimentales (para que su esposa no note el hastío, para que su antigua amante no lo cuente todo o, al menos, no lo invente), esfuerzos para que no se le llene la casa, no se le llene la cena, no se le llene el paseo de «procuradores» (aquellos que para «procurarse» un lugar, un favor, una ascensión en la escala literaria, no dudan en hacerse presentes en cuanto acto, lectura, conferencia dé Chejov, llenándole los oídos de un peloteo insoportable), ni de directores de revistas pidiéndole con obsesión nuevos textos inéditos, inéditos, inéditos que es como pedirle únicamente su firma por lo bien que queda, ni de políticos moscovitas de un lado y de otro que quieren llevárselo para su causa de un lado a otro, aunque al mismo tiempo no pare de escuchar por ahí –por ahí– que si Chéjov no se decide, que si Chéjov no se posiciona, que si qué poco político es Chéjov. Exhausto de tener a una de sus manos realizando anotaciones en los pequeños cuadernos (apuntes para un cuento que no terminará, la continuación de una serie, la idea de una novela, una carta de amor solo apuntada, dos reflexiones), mientras que la otra mano ya no arranca, ya no llega hasta el final del folio quizá porque ya no hay folio, o no mucho más que contar, o no quedan fuerzas para contarlo.

Así ha pasado Chéjov casi una década. Está cansado y no tiene ni cuarenta años –estamos cansados y no tenemos ni cuarenta años–, pero no lo está tan solo por las quejas, sino porque en todos esos meses ha logrado hacer lo que no tanta gente puede: terminar y publicar, por ejemplo, «Tres años» y «Mi vida» que son relatos tan grandes (más allá de la extensión) que cualquiera iría alardeando aun hoy de haber escrito las novelas del siglo. Cansado porque cuando termina un prodigio como «La dama del perrito», que otro hubiera dado por una genialidad ya en su primera versión, él necesita al menos cuatro pruebas de imprenta y cincuenta correcciones y mil cambios de adjetivo y no quiere entregarlo, no quiere entregarlo, no aún (quizá porque sospechase que aquello se leería ya «siempre», y que cualquier texto «cerrado» puede ser a la vez una condena). Cansado, también, de que le pregunten continuamente

II
1894-1903

Si en el anterior tomo de los *Cuentos completos*, el que cubre el periodo 1887-1893, habíamos hablado de un momento de transformación en la obra de Chéjov, deberíamos tomar este cuarto y último tomo como el de su más absoluta consagración, pero también el de su retiro, su despedida (y con ello no nos referimos solo al saludo obligado por la muerte, que tiene lugar en 1904).

Ya desde principios de los años 90 había cambiado Chéjov su política de publicación. Dejaría *El Mensajero del Norte*, donde aparecieron obras tan importantes como «La estepa» o «Una historia aburrida», y cuya relación había terminado en 1892 con la aparición de «Mi mujer». También se cerraría la colaboración con la cabecera de Suvorin, *Tiempo nuevo*, donde durante siete años había publicado varias docenas de artículos y cuentos satíricos. «Terror», de 1893, puso el punto y final. En este momento, las invitaciones a colaborar en nuevas revistas y periódicos eran constantes. Todos los editores eran conscientes del atractivo de contar con la firma de Chéjov entre sus páginas. La consideración hacia Chéjov, tanto desde el punto de vista literario como del editorial estrictamente, era ahora muy superior. Nadie discutía que no estuviera en el mismo nivel que autores como Korolenko o Garshin. Cada vez que un texto nuevo aparecía publicado, volaban las reseñas (unas positivas, otras menos), corrían los lectores, se levantaban las voces, que ahora incluso empezaban a mostrarse –en ocasiones– críticas con la actitud de Chéjov, y no hablamos ahora solo desde el plano literario. 1894 será el año en el que ve la luz *Relatos y cuentos*, el siguiente de sus libros de cuentos, que contenía los títulos «El reino de las mujeres», «La cigarra», «El monje negro», «En deportación», «Volodia el grande y Volodia

III
1875-1904

Las fechas que señalamos en este apartado, y que son las mismas que rotulan el extenso apéndice con el que se cierra este volumen, no cubren otra cosa que todo el periodo de escritura de Chéjov, es decir, desde la primera muestra de intención literaria del autor, hasta los textos que el día de su muerte quedaron inconclusos, por mucho que intuyamos que en ese 1904 –que queremos dejar como una puerta abierta– no se dio tal escritura. Reúne por tanto textos de muy diversa índole, desde anotaciones a mano entreverados en otros documentos (pero con entidad propia) hasta cuentos perfectamente cerrados (o en apariencia perfectamente cerrados, signifique lo que signifique eso en cuanto a los finales chejovianos) pero que sin embargo hay que dar por inconclusos, pasando por cuentos y viñetas escritos para acompañar ilustraciones (que, aunque no se acostumbren a agrupar entre sus relatos, tenidos en consideración de manera individual, desde luego no desentonan con los primeros cuentos que se reproducían en el volumen inicial), colaboraciones en las que participaron más manos que las de Chéjov (compañeros de revista escribiendo al alimón o mezclas de los editores entre varios colaboradores, por ejemplo) y, también, varios textos atribuidos «con seguridad» a Chéjov, y algún otro con no tanta.

La búsqueda de material anónimo, disperso, inconcluso y atribuible a Chéjov comenzó inmediatamente después de su muerte, y hasta nuestros días se han publicado un buen número de ellas que con el tiempo se han comprobado erróneamente atribuidas o, con el vaivén de los estudios, han ido pasando a un lado o a otro de lo canónico, a veces hasta nuestros días. Durante mucho tiempo, por poner algunos ejemplos, se ha hablado de colaboracio-